



8 CUENTOS DE NIÑOS Y NIÑAS

Romochka, el príncipe de la manada

Este 21 de septiembre, con la llegada de la primavera, llegó la noticia tan esperada por la ciudadanía comprometida con la niñez y adolescencia: la Presidenta de la República firmó los dos primeros proyectos de ley con los que se inicia un nuevo proceso para crear las condiciones necesarias para darle efectividad al compromiso adquirido hace 25 años al ratificar la Convención sobre los derechos del niño.

La Presidenta, en su discurso señaló que “no hay crecimiento económico que valga la pena si hay niños que en vez de jugar tienen que trabajar” (1), nosotros agregamos: tampoco vale la pena ser un país de 20.000 dólares de ingresos per cápita, si hay niños y niñas maltratados, abusados; si hay niños y niñas discriminados en el ejercicio de sus derechos, y, si hay niños y niñas en la miseria o están en abandono y su hogar es la calle y su familia una manada de perros.

En este mismo mes, al inicio, nos estremecimos con la sola idea que un niño pequeño pudiera estar siendo amamantado por una perra. La literatura ha plasmado varias historias de niños criados por animales. Una novela brutalmente real sobre la pobreza urbana y la exclusión social de pequeños seres humanos es “El niño perro” (2) escrita por Eva Hornung quien se inspiró en un hecho real ocurrido en los años 90, en Rusia, en un contexto de crisis económica.

Es tan notable y universal la aprehensión que logra la autora del punto de vista del niño, que sobra cualquier explicación nuestra para comprender la profundidad del daño del abandono, la indiferencia social, y la violencia institucional, como así mismo comprender la complejidad de la reparación y restitución de la dignidad a niños y niñas sometidos a un cúmulo de adversidades tan extremas, como las que vive Romochka en su tierna primera infancia. Tanto dolor es evitable. Un sistema de garantías de derechos puede hacer la diferencia.

¿Qué ser se puede ser, en un mundo donde la única calidez disponible emana de perros callejeros que se besan en el hocico cuando termina el largo invierno y sale el sol?

Romochka fue abandonado por su madre y su tío alcohólico cuando tenía 4 años de edad. Después de varios días solo en su casa vacía, cuando su estómago empieza a rechinar, decide salir a la calle, al frío del desamparo.

La gente pasa a su alrededor y nadie parece verlo, a nadie le parece extraño un niño solo en la calle, asustado con ropa grande y vieja. Romochka piensa que tal vez debería llamar la atención y decirle a alguien que estaba solo, ya que se suponía, que “a esa edad un niño no debería estar solo”, eso se lo había dicho muchas veces su madre; pero desiste de la idea, “no debe ser gente buena si es que no le presta atención a un niño”, piensa para sí.

Entumecido, se quedó mirando durante largo rato los autos que pasaban por la calle. Caía una llovizna helada. Cerró los ojos.

Oyó un sonido débil por encima del susurro de la lluvia, mucho más cercano que los coches en la calle. Abrió los ojos. Dos perros ocupaban todo el espacio delante de él uno dorado y uno negro. Se movían de un lado a otro sin apartar los ojos de él. Le gustaban los perros, pero incluso él era capaz de percibir que esos querían hacerle daño.



Daniela Montecinos, Perro (dibujo), 2003 (<http://danielamontecinos.blogspot.fr>)

Entonces entre las sombras, al otro lado, apareció la perra que hace un rato había visto. Lo miro como esperando, la cabeza alta la cola baja. Romochka cruzó la calle hacia ella, que no se movió. La perra tenía las orejas erguidas.

-Perrita- dijo el niño, y ella ladeó la cabeza ligeramente.

-Uno de los perros emitió un gruñido grave. En respuesta la perra levantó los bellos para enseñar unos largos colmillos y gruñó amenazadoramente. Romochka notó que se aplacaba la agitación a su espalda y, al volver la mirada notó que el perro dorado se había sentado y observaba la escena. El niño se acercó a la perra y tendió las manos. Ella se estremeció, vaciló un momento y luego le olisqueó la cara, el pecho, las manos. Permaneció quieta. Luego comenzó a mover la cola levemente, con aire pensativo. Entonces se le acercaron los otros perros, las cabezas zigzagueando a baja altura y le lamieron la cara. Ella lamió a uno y luego a otro, y después le lamió la cara a Romochka, plantándole un beso pegajoso en la comisura de la boca, después dio media vuelta y enfiló sin prisas por una callejuela.

Romochka la siguió de cerca. Adelantaron a la gente que regresaba a casa o iba de compras después del trabajo, pero nadie detuvo al niño ni le preguntó cómo se llamaba. Era un niño, sus compañeros perros. Nada indicaba que fuera siguiendo, en vez de dirigir. Y así la perra, lo condujo a su guarida, para Romochka esto fue una clara invitación a ser parte de la manada.

Romochka fue el quinto cachorro en la guarida. Crecieron rápidamente y los otros no tardaron en aventajarlo en muchos aspectos. Practicaba sus ágiles movimientos. Intentaba escuchar lo que habían oído y oler a Mamochka, como decidió llamar a la perra, antes que apareciera, igual que ellos. Sin embargo, él podía hacer cosas que ellos eran incapaces, acariciar a Mamochka mientras mamaba.

El invierno dio paso a la primavera y Mamochka invitó a sus cachorros a conocer el sector donde vivían, un basural en la periferia de la ciudad, en donde habitaban mendigos, niños y perros callejeros. El sol colmaba el mundo y la parcela relucía sembrada de dientes de león amarillos. Los perros jóvenes temblaban de emoción. Romochka se

acordaba de aquel lugar, pero parecía muy cambiado. Por aquel entonces era un niño que había perdido a su madre y su tío y seguía a una perra desconocida: recordó el frío y el hambre que tenía, la incógnita que representaba aquel camino: Ahora la parcela era el umbral de su hogar, rebosante de olores familiares, un lugar de seguridad.

Ahora era un perro. Su madre era una perra. Sus hermanos y hermanas eran perros.

Pasaron los años y un día, Mamochka llegó a la guarida con un bebé humano. En un comienzo, Romochka sintió celos y rechazo hacia el nuevo integrante de la manada, sin embargo, poco a poco, el bebe-perro comenzó a ganarse su corazón. Un día decidió que su nuevo hermano necesitaría un nombre, y lo llamó Cachorro.

A diferencia de él, Cachorro adoptó casi todas las características de su familia perruna. Corría a cuatro patas perfectamente como si fuese natural para él, no adquirió ni una palabra humana, solo se comunicaba a través de ladridos y gruñidos tal como sus hermanos perros. Así y todo, Romochka sabía que era un niño y robaba ropa y juguetes para él.

¿Qué ser se puede ser, en un mundo que por el bien del niño lo violenta hasta lo indecible?

Un día en la ciudad se comenzó a correr la voz de que en la periferia existía un niño perro, el cual vivía con una manada que lo alimentaba y lo protegía. No tardaron mucho tiempo en encontrarlo y llevarlo a un Centro de Protección. Era un caso de estudio a cargo de una pareja de doctores: Dimitri y Natalia.

Romochka se las arregló para saber dónde habían llevado a su hermano y sin más se presentó al centro. A penas lo vio, Cachorro se puso a aullar y gimotear en un arrebato de dicha por volver a olfatear a su hermano. Romochka tomó aquel cuerpecillo entre sus brazos y lo sujetó con fuerza.

Le preocupó llevarse a Cachorro nuevamente al frío, ligero de ropa y sin vello. Se le hizo un nudo en la garganta, se lo quitó del regazo, se puso de pie con cautela, abrió la puerta y salió sin volver la mirada. Se le erizó la nuca pero no pasó nada. No lo detuvieron. Ni el hombre alto ni la mujer detuvieron su paso.

-Hasta pronto Romochka. Le dijo la doctora.

El niño la miro ceñudo y corrió a la carrera el resto del pasillo con aquella voz resonándole en los oídos. Quería estar en casa. Pero al día siguiente volvió a sentir deseos de ir, y al día siguiente también, hasta que Cachorro enfermó gravemente, ni Dimitri ni Natalia pudieron hacer nada para evitarlo y finalmente murió.

Los médicos Dimitri y Natalia, sintieron responsabilidad por esta situación y decidieron adoptar a Romochka. Esto iba a ser difícil, Romochka había desaparecido desde la muerte de Cachorro y su manada lo defendería. Piden ayuda a la policía para buscarlo, aduciendo que el niño corre peligro con estos animales y que ellos están interesados en rehabilitarlo. Cuando la manada de perros acude al restorán de siempre, donde les daban las sobras, la policía les tiende una trampa.

Romochka no entendía, lloraba y gritaba de dolor al ver morir envenenada a su familia. Se encuentra al lado de Mamochka, de rodillas. Todo está en silencio, salvo su corazón desbocado. Romochka abraza a la perra madre, que tiembla y gime entre los dientes apretados. Le sostiene el pecho contra el suyo.

Los latidos lo acunan, lenta, cada vez más lentamente...le arde el corazón en el pecho y la garganta; está llorando sin saberlo.

Mamochka ha muerto en sus brazos. Los policías, como una pesadilla, irrumpen desde los rincones de su mente. Cierra los ojos y se pone a lamer despacio la cara de Mamochka.

-Apartadlo! Apartadlo! ¡Igual le entra algo por la boca! Lo arranca un entramado de manos. Aguarda, hurgando en lo más hondo de su ira a punto de brotar, en busca de su fuerza y explota igual que un gato, con toda la fuerza para la pelea que lleva adentro.

Lo subieron a una patrulla policial y lo llevan a casa de Dimitri y Natalia.

Dimitri estaba horrorizado. Aquel Romochka irreconocible, lanzaba ladridos y se zarandeaba como un poseído. Aguardó a que Romochka dejara de gritar y lo mirase con sus ojos oscuros y mates; entonces indicó al policía que lo soltara.

-Romochka, Romochka, ya me conoces. Quiero ayudarte. Romochka lo embistió, sin que Dimitri pudiera impedirlo. Natalia se plantó en frente y le gruñó en un tono fiero al tiempo que sacaba de su abrigo un cachorrillo gemebundo.

“No están todos muertos!!! Bramó al rostro conmovido de Romochka.- Te hemos encontrado tres!!!. El chico recula hasta la pared, sollozante y con la cabeza gacha, se sentó en el suelo con los cachorros. Dimitri se acucilló junto al chico y empezó a acariciarle la cabeza, Romochka no se lo impidió.

Lo dejaron solo con los cachorros, la puerta del cuarto abierta y la sensación de que de ahora en adelante serían una familia, ellos dos, Romochka y tres cachorros, todo estaría bien.

Romochka queda solo en la habitación acunando a los tres cachorros, los acaricia hasta que se duermen. Luego se pone en pie y rompe en sollozos, llora con ganas dando forma de grito con sus labios, permanece así con el cuerpo rígido.

Se respiración se calma, se queda lánguido ante la ventana, los ojos enormes y su semblante pálido. Luego se vuelve con decisión, se inclina sobre los cachorros y les aplasta el cráneo uno tras otro.

Ha decidido quedarse. ■

1. Presidenta Michele Bachelet. 2015. Discurso pronunciado el día 21 de Septiembre con ocasión de la Firma de los Proyectos de Ley: Sistema de Garantías de Derechos de la Niñez y Creación de la Subsecretaría de la Niñez. En <http://www.prensapresidentia.cl/video.aspx?codigo=14101>
2. E. Hornung: (2010) *El niño perro*. Ed. Salamandra. España.